



1899

17-10

E-38-

SEVI

Carlos R. Sevilla

El Oriente Ecuatoriano  
y el  
Ferrocarril



*Biblioteca Nacional*

*Quito*

CARLOS B. SEVILLA.

EL ORIENTE ECUATORIANO

Y EL

FERROCARRIL

*Historia*



AMBATO.—IMPRESA "LA JUVENTUD."

1907



*Envío del autor*

---

---

---

## Honorables Legisladores

.....

A vosotros va dedicado este folleto; á vosotros que representáis dignamente el Poder Soberano de los pueblos y que os corresponde mirar por su prosperidad y ventura ya que vuestro patriotismo é interés son notoriamente reconocidos; á vosotros que abrigáis en vuestros pechos de liberales vivo y palpitante el sentimiento progresista, y en vuestra mente el pensamiento de lo grande y lo benéfico en pró del adelanto moral y material de la nación, cuyo destino tenéis hoy en vuestras manos.

No es la voz prestigiosa de un filósofo la que os habla; no es la de un publicista esclarecido ni la autorizada de un hombre público reconocido é influyente en los círculos políticos que os llama vuestra atención, es simplemente la de un hombre oscuro y desconocido que,

sugerido por un anhelo patriótico ha restuelto distraeros por un momento de las múltiples atenciones que os ocupan para hablaros á cerca de un asunto que interesa á todos los ecuatorianos; de un asunto en cuya realización finca el país su futuro de bienestar y engrandecimiento para salvarse del decadentismo que pesa sobre él abatiendo toda su energía y virilidad. Os voy á hablar sobre la importancia y riqueza de nuestra Región Oriental y del Ferrocarril al Curaray; y al hablaros de aquella importantísima porción del territorio patrio y de la vía ferroviaria que á ella debe conducirnos partiendo de mi ciudad nativa, Precisa anteponeros H. H. L. L. que no es un egoísta interés de ambateño el que á ello me mueve con el fin único de alcanzar un particular beneficio para mi provincia, sino impulsado por el vehemente deseo y el interés que abrigo por el bien general. Así, pues, os hablo ahora como ecuatoriano y no como ambateño solamente.

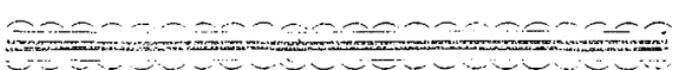
Vosotros, H. H. L. L., habéis tenido la laudable idea de declarar como asunto de preferencia el Ferrocarril Oriental que, partiendo de la ciudad de Ambato, tenga por término la boca del río Curaray; y al dar la preferencia á obra tan importante, habéis puesto de relieve vuestro patriotismo y manifestado claramente que vuestra labor será útil y provechosa al país, tratando de ordenar decididamente la ejecución de obras que hagan práctico el progreso nacional, el cual, si he de hablaros con franqueza, permanece estacionario há largo tiempo sin tomar un desarrollo siquiera relativo; y por tal resolución patriótica os aplauden los ecuatorianos todos.

Vosotros habéis comprendido, H. H. L. L., que sin un camino de hierro que ponga en contacto nuestros pueblos con aquella privilegiada Región de riquezas imponderables, es vano pensar en el engrandecimiento y progreso de la patria; es ilusorio soñar en un alhagueño

porvenir que cambie una situación que empeora á diario y se hace ya desesperante, y conjurar la crisis económica que nos abate y pone en alarma; ya que es menester que lleguemos á convencernos que nuestra agricultura interandina tan limitada y contingente, no es ni será nunca una fuente de riqueza nacional, toda vez que está probado hasta la evidencia que sus productos escasísimos y de mala calidad, apenas si bastan para el sostenimiento de los pobladores. Por lo mismo, forzoso es que busquemos ya la manera mejor de dar enanche á la agricultura yendo en pos de tierras más fértiles y fecundas que prometan al país un seguro porvenir fincado en los nobles productos de exportación que nos reporten segura riqueza. Por esto que, reconociendo en vosotros un decidido entusiasmo por todo cuanto se relaciona con el bien general, me haya resuelto hablaros de asunto tan trascendental, seguro que sabréis pesar con ilustrado y desapasionado criterio, separados de aquel egoísmo provincial que muchas y las más de las veces suele resultar notoriamente perjudicial al adelanto público, entorpeciendo la marcha del progreso; por esto que, me atreva á distraeros de vuestras atenciones, para deciros que es llegado el tiempo de que aún á fuer de sacrificios y dificultades superiores, penséis en resolver por fin la apertura de la línea ferroviaria hácia la privilegiada región del oro, del caucho y de mil productos de imponderable estima, si queréis marcar un hermoso destino para nuestra amada Patria que espera de vosotros cooperaréis á su felicidad ya que no sois extraños á su suerte, distinguiéndoos como lo estáis manifestando por vuestro espíritu público y levantado civismo.

Por esto, H. H. L. L., que un ecuatoriano, asistido de las mejores intenciones patrióticas os hable, confiando en que vuestra benevolencia sabrá atender sus palabras, si mal alineadas é incorrectas, pero que son la obra del sincero patriotismo.





# *El Oriente Ecuatoriano*

Y

## EL FERROCARRIL

.....

I

Ultimamente hace despertado un entusiasmo frenético por aquella región que antes permaneciera olvidada por los gobiernos que, no sólo no se cuidaban de abrir una trocha que la pusiera en contacto con nuestras poblaciones, sino que la indiferencia era tanta que debido á esa incuria injustificable, el Ecuador ha tenido que deplorar la desmembración de tan ricos territorios y la posesión de sus principales ríos navegables que con tanta facilidad se ha conquistado el Perú, abusando á la indiferencia de nuestros gobiernos pasados, los que acostumbraban mirar el oriente como una pro-

picidad de ningún valor, sin caer en la cuenta que aquella porción inmensa de territorio, esas selvas, esos ríos, representaban para el Ecuador un emporio de incalculables riquezas que haría fuerte y feliz á la nación. De tal modo que, pudiendo tener ahora pueblos importantes establecidos en todo el vigor del comercio, innumerables ingenios agrícolas y mineros, y los bosques incultos y salvajes descuajados en proporción considerable y convertidos sus campos en hermosísimas dehesas de ganado, en cauchales y otros sembríos nobles, á causa de tan criminal indiferencia de gobiernos que no de otra cosa se han ocupado sino de la política, ahora todavía ese portentoso territorio yace abandonado sin que se piense con alguna seriedad en dotarle de caminos, juzgando sin duda que, el afán de los ciudadanos por el Oriente no pasa de ser una ilusión de optimistas.

Se ha pensado sí, en caminos, mas bien por meras condescendencias que por móviles patrióticos, y por lo mismo se han destinado rentas escasísimas, incapaces de coronar la obra magna de un camino formal de herradura, y como era de esperarse, no se ha conseguido con aquello sino un resultado nugatorio por la deficiencia de los fondos destinados; un resultado que, antes que entusiasmar á los ciudadanos nos ha desalentado.

Una maldición pesa sobre nuestro país á causa de la falta de espíritu patriótico de los que han regido la nación, para quienes las vías orientales no han sido otra cosa que un pretexto para criar fondos, acallar el descontento y satisfacer la ambición de los políticos que creían hacíanles sombra, cediéndoles las rentas destinadas bajo el pretexto de empresarios: tal aconteció con los fondos del proyectado camino de la provincia de León, que pasaron á poder de un General de la República á fin de tenerlo contento, habiendo sido el tal camino un mero pretexto, un engaño infame del Ma-

gistrado Plaza, toda vez que, el más lego en la materia, el más optimista é iluso veía en ese camino una obra imposible de realizarse, y saltaba á la vista el embuste y el engaño de que fueran víctimas los ciudadanos. Y justamente previene el ánimo de los ecuatorianos ver como se criaban impuestos contra los pueblos á pretexto de construir caminos por los cuales se entusiasman, para mantener contentos á ciertos hombres de la política. Igual cosa pasó en Riobamba; y en dónde pues, los caminos de las dos provincias? . . . . .

Sólo en la provincia del Tungurahua se invirtieron con pureza los fondos del camino al Oriente el cual vencióse inauditas dificultades, demoliendo rocas horribles, avanzó hasta cerca del río Topo.

No es por lo tanto extraño á los ecuatorianos el motivo del decadentismo del país cuando hemos visto á los hombres que nos han gobernado ajenos del espíritu patriótico que impulsa á los pueblos á la prosperidad, reducirse únicamente á la labor impía de las tramas políticas á fin de asegurar que perdure en el mando cierto círculo, sin preocuparse en lo más mínimo de su prosperidad y progreso.

## II

Movidos por el entusiasmo patriótico del Señor Luis A. Martínez y del Reverendo Padre Vacas Galindo, los del gobierno de Plaza organizaron en Quito una Junta, la cual resolvió la construcción de un ferrocarril que partiendo de la ciudad de Ambato tenga por término el río Curaray. Muy acertada y digna de encomio fué la resolución de la Junta de Quito impulsada por los estudios detenidos y concienzudos del Ministro Martínez y del Padre Vacas Galindo que trataron ciertamente de convencer que la construcción de un ferrocarril al Oriente no era un sueño imposible de realizarse, y que si

no del todo fácil, la obra era hacedera. Ahora bien, el Señor General Eloy Alfaro se muestra entusiasta por este ferrocarril y lo recomienda con preferencia en su Mensaje á la Convención Nacional. En el pensamiento de los ecuatorianos está tan grandiosa y salvadora obra y todos aguardan con esperanza que la Convención trate de realizarla con preferencia á cualquiera otra, ya que hemos de convenir que ninguna es hoy por hoy tan importante como aquella, ninguna tan apremiante y que se imponga por mil y mil motivos que no se escaparán al criterio de las personas ilustradas, siendo el mayor el de asegurar la integridad de nuestro territorio, la cual no se puede, no es posible asegurarla sino por medio de la vía férrea que nos ponga en contacto y comunicación diaria con esos remotos territorios invadidos por nuestros enemigos, y de cuyos atentados llegamos á tener conocimiento después de mucho tiempo, cuando la traición y la perfidia de la fuerza peruana ha victimado cobardemente á nuestros pocos y abnegados guardianes mandados á sucumbir allá, olvidados, víctimas de los ataques perversos de fuerza superior, sin auxilios de ninguna especie, en la impotencia de socorrerlos ni castigar los avances del enemigo que ha hollado con planta criminal nuestro suelo, atropellando el derecho de propiedad y violando las leyes internacionales que en todas partes suelen ser respetadas y sagradas.

Y duele decir que todos estos actos insultativos que cubren de oprobio y de baldón á la patria, han acostumbrado mirar nuestros gobiernos con estúpida indolencia sin protestar con la energía que cumple á toda una nación vilmente insultada y escarnecida, sellando mas bien con una copa de champán la amistad con el enemigo, autorizando sus desmanes ó insultando cruelmente la memoria de los héroes victimados alevosamente en defensa de nuestros derechos.

He ahí uno de los principales motivos, una de las causas primordiales, para que el ferrocarril al oriente se imponga, como inaplazable, ya que el derecho de propiedad debe ser defendido, no ya tan sólo por lo que valen los territorios en disputa, sino por honor y dignidad nacionales; y el único medio de defender esa integridad, ese derecho sagrado, es la comunicación rápida por medio del vapor, á fin de contener á su debido tiempo la audacia de nuestros eternos enemigos.

Hasta el día de hoy nada trata la Cámara Legislativa sobre punto tan importante, pero nos aliaga al menos la idea de que muy pronto resolverá favorablemente la cuestión aun cuando no falten enemigos que á ella se opongan, unos por egoísmo acaso provincial, y muchos también porque consideren como una locura el pensar en obra semejante, predominante como es aun entre los ecuatorianos aquel carácter rutinario, que está en nuestra naturaleza apática é incidiosa heredado á nuestros antepasados, de que toda obra que demanda algún dinero y dificultad, hemos de considerarla como imposible.

Con todo, esperamos que la Convención Nacional solucionará definitivamente la construcción de esa vía férrea con preferencia á cualquiera otra, haciendo si posible es, esfuerzos y sacrificios, toda vez que así lo requiere nuestro conflicto internacional con el Perú y reclama imperiosamente el porvenir del país.

### III

Pero hablemos algo de colonización, piensan nuestros gobiernos que la colonización de esa región es tan imposible por los gastos que demanda, que no alcanzarían los caudales de la nación para sostenerla; y es un error suponer tal cosa: la riqueza de las selvas, sus artículos explotables como los labaderos de oro, las resinas, las gomas y más producciones nobles que

se encuentran en abundancia, atrae á las compañías especuladoras y les incita á emplear grandes capitales en la extracción y comercio de artículos con los cuales han de obtener buenos rendimientos; y el trabajo bien remunerado atrae obreros de todas partes que acuden en busca de la vida y el bienestar. Pero qué es lo que se necesita para esto? Camino y nada más que camino, para hacer fácil y barato el flete para los mercados nacionales, ó las poblaciones, en donde sin duda se establecería un comercio activo de todos estos productos, en donde se fundarían casas exportadoras con capitales respetables.

Allá, pues, habría trabajo para los que lo busquen, vida y porvenir para el capitalista y el obrero, bienestar para todos.

Ciertamente muchos creen que en habiendo camino no habrían otra clase de inmigrantes que aquellos que por cuenta propia enviaría el Gobierno á gran costo, y conviene desvanecer semejante error; no creemos exagerado asegurar que puesto el camino de herradura hasta Barrancas principiaria una irrupción considerable de agricultores que atraídos por la fecundidad de tan rico suelo, de un clima bellísimo y sano, emprenderían en la formación de grandes dehesas, ó en el cultivo de mil diversos productos, estableciéndose con incalculable número de familias de trabajadores que definitivamente quedarían ahí radicadas; y muchos que carezcan en nuestras poblaciones de elementos de vida, demandarán una pequeña protección del Estado para marchar á establecerse en terrenos gratuitamente señalados en propiedad para adquirir medios de vivir honradamente y formar un porvenir para sus familias fundado en la labranza de la tierra.

El hombre marcha siempre en pos de las comodidades, en busca de holgura y desahogo que aliviane su existencia, remunerando su trabajo y fatigas; ¿por qué no considerar un hecho,

una realidad, que tantas familias de proletarios que vegetan en la necesidad y el hambre, sujetos á los azares de una pobreza abrumadora y sin otro porvenir para sus hijos que idéntica infelicidad, acudan allá afanosos á convertirse de miserables en propietarios honrados, y formar una colonia acaso pudiente que serían los celosos guardianes de nuestra integridad?

No es posible creer que se tome nuestro parecer como optimismo de nuestra fantasía dados el entusiasmo de toda clase de gentes por internarse á trabajar en esa región y el abatimiento y miseria reinantes hoy entre nosotros. A parte de esto, el que no posee nada, ansía ser propietario; y no sería una oportunidad preciosa la terrible crisis por la que el país atraviesa, la dificultad de vivir y apagar el hambre amenazante há largo tiempo sin una esperanza de mejorar una situación que empeora á diario, sin medios de buscarse esa subsistencia; y por fin, el no existir un trabajo, una ocupación regularmente remunerada para los habitantes del campo. Es tan posible una colonización en nuestra región amazónica que, para hacerla práctica, no se necesita sino que el camino de hierro se inicie, y ya veríamos que con los trabajos ferroviarios irían internándose los colonos y entonces la colonización principiaría de suyo; y no sólo la colonización nacional sino la extranjera en número considerable, dando principio al descuaje de los bosques para establecer ingenios, sembríos de café, arroz ó emprender en la explotación de vainilla, tagua, resinas y mil productos naturales de los bosques; ó en la extracción aurífera de aquellos ríos, ricos en tan precioso mineral, presentándose un cuadro de actividad industrial no esperada, y viendo levantarse pueblos prósperos y felices en medio de aquellas selvas, pueblos que prometerían un desarrollo creciente, un florecimiento extraordinario, entablándose por consiguiente un activo comercio con los mercados extranjeros.

Es de notarse que la estrecha senda que conduce á nuestra región amazónica, tan penosa y desigual, ha sido abierta por el machete del viajero que se ha internado espontáneamente en busca de trabajo y negocios, en busca de tierras más generosas para emprender en su cultivo; y no cabe duda que muchos de aquellos han quedado establecidos definitivamente á las márgenes de los ríos navegables donde han formado sus establecimientos agrícolas ó sus casas de negocios. ¿Y quién ha enviado á esa gente, qué protección han recibido del Gobierno? No han esperado protección de nadie, y sin siquiera camino se han lanzado á la aventura, porque el hombre escudriña todos los negocios y ante la posibilidad de la ganancia no se detiene en consideraciones. Y ya hemos visto que mediante un trabajo provechoso, hasta los menos laboriosos se han conquistado una fortuna en poco tiempo, y esto pagando derechos crecidos á modo de tributo, á la nación peruana, por el caucho que exportan por Iquitos.

El Ecuador pierde el tiempo miserablemente sin llegar á resolver asunto tan importante como la construcción del ferrocarril á la región amazónica. Entusiásmase á veces en la colonización, y emprende en ella con gran derroche de dinero sin considerar que nunca es práctica la colonización de ningún territorio sin que antes exista una vía franca para la comunicación. Actualmente el presupuesto de gastos de colonización asciende á una suma muy considerable; y cuáles los colonos? hombres sin familias son quienes han sido enviados al corazón de esas selvas, hombres ciertamente abnegados que con patriotismo aceptan el sacrificio de una vida miserable de privaciones y escaseces; hombres que podrían inmolarse y hacer ciertamente el sacrificio de sus vidas en defensa de nuestra integridad, como en Torres Causana se inmolaron nuestros bravos soldados al ataque de fuerza mayor; pero qué adelantamos con aquello, qué beneficio

nos reporta? Ninguno: depiorar el sacrificio glorioso de nuestros héroes y dar campo para que el enemigo se envalentone y enorgullezca más con victorias alcanzadas á fuer de la infame traición, obra de su cobardía.

No podemos, no, aprobar de ninguna manera, que á fuer de abnegados y patriotas se mande á perecer en el corazón de esas lejanas selvas á nuestros compatriotas sin posibilidad de socorrerlos y de volar en su defensa; más todavía cuando esa inmolación resulta estéril para la nación; pero no sólo estéril sino perjudicial. Hábrase el camino de hierro y entonces podemos defender nuestra integridad con ventaja, posesionarnos de lo que nos pertenece y poner á raya las pretensiones de nuestros vecinos; ábrase el camino y volaremos á colonizar esas regiones, acudiremos en pos de un trabajo que nos falta y de medios de vida que ya no son prácticos entre nosotros; ábrase el camino, y el rico, el capitalista, el obrero emprendedor, el hijo del pueblo y el menestral iremos con regocijo á emprender esperanzados y llenos de fe en la agricultura, en la minería y en otras mil explotaciones lucrativas; pero nos parece un absurdo emprender en la colonización de territorios sin entradas cruzando las selvas penosamente, trepando breñas inaccessibles, abriéndonos senda con el machete del viajero, aventurando el paso de ríos caudalosos por una débil caña: todo esto, decimos, nos parece tan absurdo, por no decir una locura risible, ya que las cosas han de hacerse cuerdamente comenzando por donde es de comenzar.

¿Cómo siquiera tenemos la idea de colonizar esas regiones sin antes franquear el paso á los colonos, para el comercio de los frutos que obtengan con su trabajo, y para que se suministren de aquello que les falta para la subsistencia? Cómo queremos colonizar sin que aquellos que van á invertir sus capitales puedan facilitarse las máquinas y herramientas que han me-

nesser para el cultivo y el beneficio de los frutos? La colonización sería práctica y hacedera y hasta sin costo, con camino; y nos atrevemos á decir que la idea de colonizar la región oriental se resume en esta sola palabra ferrocarril. Entonces y sólo entonces sería la nación poseedora de lo que le pertenece por derecho y quieren arrebatársela abusando á su decida.

Antes el camino y luego la colonización es lo lógico, pero sin camino la colonización es absurdo; y mientras no se resuelva aquello, es inútil llamarnos dueños de territorios de los cuales haciendo burla sangrienta de la Nación Ecuatoriana se van apropiando á diario los peruanos sin dificultad ninguna; de tal modo que si hoy nos dijese que han avanzado hasta el Agoyán no nos tomaría de nuevo aquel avance; pues es lo cierto que no vemos que dificultad encuentren para continuar en la tarea de usurparnos nuestros territorios, ni nos sorprendería tampoco que el día menos pensado nos den el golpe de gracia, siendo así que no podemos de manera alguna contrarrestar sus usurpaciones ni contenerlos en su camino, puesto que encontrándonos en la imposibilidad de mantener un respetable destacamento por falta de vías de comunicación, mal podríamos pensar en rechazarlos. Y cómo pues mandar un fuerte destacamento á que perezcan de hambre si el traslado de víveres costaría acaso anualmente la cuarta parte de la renta nacional? Y caso que esto se hiciera, acaso ellos, los peruanos, en su desmedida ambición, en su mala fe, en el odio mortal que nos profesan, odio secular desde los aboríjenes, se valdrían de la traición y la astucia, de su poco decoro y de fuerza mayor aun para preparar un asalto que rompiendo nuestro destacamento nos cubra de ignominiosa vergüenza? Y en tal caso qué haríamos nosotros si aquellas noticias nos llega después de meses, cuando ya de los cadáveres de las víctimas no han quedado ni los huesos devorados por los chacales? Qué ha-

ríamos, si después de recibida la noticia aquella funestísima, para ponernos en camino y tomar la revancha necesitamos buscar una peonada por cada individuo y gastar meses para internarnos? ¡Ah! triste es decirlo, gastamos un tiempo precioso impugnemente y preferimos emprender en la construcción de ferrocarriles si bien útiles y necesarios para el país, no tan urgentes y de la importancia del que debe conducirnos al Curaray para enriquecer al Estado y defender nuestros derechos conculcados y nuestra honra afrentada por el insulto peruano.

#### IV

Es notorio, pues, que el ferrocarril oriental es solicitado por todos los ecuatorianos; interioranos y costeños lo piden con afán y esperan la resolución definitiva de la obra salvadora. Sí, salvadora, decimos, bajo todo punto de vista y por el lado que se la considere: Salvadora por el enzanche de la agricultura y la adquisición de una vida propia para el país; salvadora por el comercio en grande que se establecería de artículos explotables; salvadora por los fuertes capitales que inmigrarían para emplearse en empresas útiles y beneficiosas; salvadora por los medios abundantes de ocupación y trabajo, y por la riqueza del Estado; salvadora por la integridad de la patria por cuanto está probado hasta la evidencia que conviene para la estrategia defensiva y ofensiva; salvadora hasta por la moralidad social, ya que veríamos extinguidos la holgazanería y el vicio en su mayor parte, y salvadora hasta por seguridad y garantía de la paz interna.

Abandamos en razones para demostrar cuan necesaria y benéfica es la construcción de la línea férrea, pero tendremos la esperanza de verla realizada ó viviremos pendiente de una ilusión tan bella y acariciadora? El principal lema del partido liberal es el progreso y engran-

decimiento de la Patria: propender á levantarla de su infortunio y despertarla del sueño enervante en que se halla sumida, tal debe ser su labor patriótica; y defender sus derechos, su dignidad y su honor tal su deber; y por lo mismo esperamos que la Constituyente liberal compuesta de hombres tan ilustrados no omitirá medios para resolver en definitiva la construcción de esta magna obra que salvará al país de su deshonra salvándola al mismo tiempo de su miseria. ¿Hay pues, que hacer sacrificios para empresa semejante? Hagamos sacrificios ya que ninguno será bastante para alcanzar el término de aquella que es vida para los pueblos, honor para la nación y riqueza para todos: hagamos sacrificios, porque de los sacrificios nace el progreso, y con el sudor de los habitantes se amaza el cemento con que se edifica y levanta.

Pero parecemos oír llamarnos utópicos por la gente pesimista que todo lo ve imposible, que toda obra de semejante magnitud considera como temeraria locura; y, ¿en dónde el dinero con que se ha de ejecutar tal obra, acaso lo tenemos ó será fuerza exprimir á contribuciones al pueblo, nos parece oír. He ahí el pesimismo manifestado, é ahí las palabras de la gente rutinaria. No tal respondemos nosotros, no es menester exprimir al pueblo, no es menester aniquilarlo á contribuciones: existían establecidos los estancos del tabaco, de los fósforos y del papel de fumar, los cuales daban una renta de cerca de medio millón unida al producto de las cinco unidades impuestas al aguardiente para tal objeto: la renta aguardientera existe; pero ¿por qué motivo se abolió aquella Ley de estancamiento de los ramos nombrados que tan provechosa resultara para el fin propuesto, sin que el pueblo se queje de aquella contribución disimulada? Se afectaba al pueblo dirán ciertos empesinados; pero nosotros les responderíamos que el pueblo nada ha ganado con la abolición del estancamiento de aquellos ramos, sino que á pe-

sar de esa abolición ni el precio del papel, ni el de los fósforos ni del tabaco ha rebajado y que con tal disposición sólo han resultado beneficiados los comerciantes y los industriales á cuyas arcas va á parar el dinero que antes sirviera para el ferrocarril Oriental. Y ahora preguntamos, ¿ha ganado el pueblo? No ciertamente, porque hoy paga por aquellos artículos desestancados lo que pagó ayer; y en adelante continuará pagándolos quizá más caros. Por consiguiente, el pueblo es el directamente perjudicado, ya que ese pequeño impuesto que lo pagaba con gusto y sin tomar como contribución onerosa y tirante habría servido para beneficiarse con la construcción de obra tan útil, cuyo encarecimiento por mucho que se diga es poco.

## V

Toda vez que hemos probado que con la abolición de los estancos nada ha ganado el pueblo, sino perdido, hágase subsistir esos estancos y destínese esa renta para el ferrocarril al Curaray, renta que es natural que siga en crecimiento relativo según son las necesidades de los pobladores; y ese producto será parte de los fondos con que se cuente para la construcción de la línea al Curaray, producto seguro.

La misma Ley de impuestos al aguardiente, caso de que la Asamblea constituyente no la cambie de forma, producirá resultados tan magníficos para las rentas nacionales como para las obras participes, que no sólo creemos sino que aseguramos que duplicarán por lo menos en el año presente, extirpados como serán los contrabandos. Cada litro de aguardiente produce cinco unidades para el camino que nos ocupamos, y esa contribución impuesta en toda la nación ¿no dará pues otra renta más considerable que el tabaco, que el papel y los fósforos; no llegaría talvez á un millón más ó menos el total anual de los fondos destinados para el

ferrocarril oriental? Creemos que sí, sin pecar de utopistas.

Ahora bien: esa renta de un millón más ó menos es la base con que ha de darse principio á los trabajos del ferrocarril, la que ha de invertirse en herramienta, peonada, material rodante y pago de ingenieros y empleados, secundarios, proporcionalmente. Es la base, hemos dicho; ¿pero terminan esos fondos por demandar gastos superiores la obra para concluirla en menos tiempo?

La cosa es obvia según nuestro parecer: aquellos ramos [del tabaco, del papel de fumar, de los fósforos y el aguardiente,] serían una garantía importante y segura para adquirir un empréstito capaz de conducir el ferrocarril á la meta; cantidad que sin equivocarnos creemos que alcanzaría para amortizar anualmente los intereses y parte del capital.

¿No basta esto? Hay algo más en apoyo: la provincia del Tungurahua cuenta más ó menos con ciento veinte mil habitantes entusiastas del ferrocarril, de cuyo número se puede calcular veinte mil brazos aptos para el trabajo con la obligación de trabajar cinco días al año sin retribución, y los que no, pagarían en dinero el jornal correspondiente; ¿no sería pues, este un nuevo capital agregado para la consecución de la obra, un capital no despreciable? Y creéis que un decreto semejante irritaría á los ciudadanos ambateños? Os aseguramos que no, H.H. L.L.; los pueblos y los ciudadanos aceptan con entusiasmo un impuesto cuando ese impuesto redunda en utilidad del país, cuando esa obra es un bien que reciben para su progreso y engrandecimiento, para su propio bienestar; los pueblos aceptan con placer un sacrificio en cambio de un adelanto práctico; lo que les irrita, lo que exalta su ánimo y previene su descontento son los impuestos ó gravámenes que conocen no han de ser empleados en su provecho propio sino que el producto de su sudor y

fatigas, el producto de su aliento y abnegada constancia ha de invertirse en despilfarros que no tienen razón de ser, en superfluidades y lujos que no se avienen y chocan feamente con las necesidades más precisas de esos pueblos olvidados casi siempre de la protección inmediata de los gobiernos, relegados al indiferentismo más triste. Esta ley de jornales, Señores Legisladores, sería bien aceptada con el júbilo y aplauso de los pobladores tungurahuales y lejos de maldeciros os bendecirían, y antes que lágrimas y reproches veriais en su fisonomía el júbilo manifestado por una certera esperanza de ser luego felices alcanzando un bienestar que fincan con razón en la construcción de tan importante obra.

Y sino, tened presente, que el bien, las más de las ocasiones hay que imponerlo por la fuerza contra un torrente de oposición de los más y aún contra el pesimismo de los más ilustrados ciudadanos, como hemos tenido ocasión de experimentar con el ferrocarril del Sur, que avanza con paso triunfal á la Capital de la República; obra redentora iniciada por el Señor General Dn. Eloy Alfaro, y que por lo mismo de la tenaz crítica de los enemigos políticos, de la necia oposición y disgusto manifestados por muchos individuos cubre de gloria al caudillo de la Libertad é inmortalizara su memoria que ha de ser bendecida por las futuras generaciones.

El bien, os vuelvo á repetir, no se ejecuta siempre con el beneplácito general; la falta de ilustración de los ciudadanos, á veces, ya también los odios de bandería harto perjudiciales entre nosotros para el desarrollo del progreso; ó la ingratitud inherente á nuestra raza, son contradicciones que se presentan; pero si los hombres verdaderamente ilustrados y patriotas, aquellos que se desviven por el bien general olvidando el beneficio particular no vieran con lástima al país undiéndose diariamente en el abismo del atrazo y no trataran muy á pesar de esa oposición, de levantarlo con la palanca poderosa

del patriotismo, emprendiendo decididamente en edificar su progreso y mejoramiento moral y material, nada bueno habría H.H. L.L. y el funesto retroceso que no el adelanto sería seguramente el patrimonio de nuestros pueblos.

Haced el bien H.H. L.L. sino á beneplácito general, contra el torrente de los más, pero hacedlo, y la obra que se sobrepone como precisa, como inaplazable, vosotros comprendéis cuál es; el ferrocarril oriental; vosotros comprendéis que la locomotora retumbando con su pito en medio de la espesura secular de esas vírgenes selvas es la salvación de nuestra integridad, de nuestro honor nacional, y la pregonera de la paz, del trabajo y la felicidad futura de los pueblos ecuatorianos.

Haced el bien os repetimos, pero hacedlo pronto, de tal modo que resulte eficaz y provechoso y no sea ya tarde: nuestra edad debe dejar un recuerdo grato é imperecedero para que la posteridad nos bendiga y tenga que agradecernos y no que maldecirnos por nuestra indiferencia, citando recuerden que pudimos legarles riqueza, honra y bienestar, y sólo les dejamos miseria y vergüenza; cuando recuerden que hubiesen sido poseedoras de tan ricos territorios, y no lo son por nuestra incuria y falta de patriotismo,

## VI

¿Queréis más razones? Sí, os daremos más abundantes H. H. L. L. aun cuando sea fatigar vuestra atención; pero sabréis perdonar una vez que tratamos de un asunto de tanto interés é importancia para la nación.

La agricultura interandina del Ecuador hállase circunscrita á una faja muy estrecha de terrenos ya cultivados, siendo imposible su enanchamiento, puesto que topa con sus límites que son los puntos más culminantes de las dos cordilleras andinas, entre las cuales halláanse encerrados los pueblos y la agricultura como en un

cause del cual no pueden salir. El último re-  
tazo de terreno cultivable se ha cultivado ya y  
nada nos resta sino los páramos de clima in-  
clemente y frígido donde apenas pueden exis-  
tir pequeños hatos de ganado vacuno raquíti-  
co y sin desarrollo.

El producto de nuestra agricultura es tan  
reducido y miserable que no basta sino á sos-  
tener á los pobladores sin que jamás pueda to-  
mar vuelo y desarrollo ni ser fructuosa al país.  
Añádase á su estrechez la contingencia de las  
cosechas, amenazada como se halla siempre, de  
sequías frecuentes, de heladas y mil plagas,  
teniendo de enemigas todas las dificultades ima-  
ginables desde la misma naturaleza y las esta-  
ciones, y amenazándonos de hambruna. Y có-  
mo, pues, esperar un porvenir desahogado de  
nuestra agricultura, cuyo limitado producto ape-  
nas basta, repito, para el consumo propio, sin  
que podamos explotarlo? Y qué productos de  
valía son aquellos? Para fincar la esperanza de  
la riqueza del país en la agricultura, es menes-  
ter que ella produzca en muy grande escala co-  
mo Chile y la República Argentina mieses y  
ganado para exportar y atraer capitales; nos-  
otros carecemos de territorios de tal naturaleza,  
la agricultura interandina no se enzanchará ni  
tomará el incremento apetecido, porque no tie-  
ne á donde; en cuyo caso, ¿cuál es el porve-  
nir que nos aguarda? La miseria. El porvenir  
está en el litoral de la República y en el orien-  
te cuyos productos exportables y de gran esti-  
ma en los mercados extranjeros representan oro:  
el caucho, el cacao, el café, el ganado, los me-  
tales preciosos y mil otros artículos que can-  
zaría nombrarlos. El oriente ecuatoriano, pues  
produce todo aquello: brazos trabajadores y ac-  
tivos emprenderían en su explotación y harían  
feliz á la nación dándola riquezas incalculables  
y haciendo práctico, sí, muy práctico el pro-  
greso tan esperado siempre y nunca resuelto,  
porque es preciso convenir juiciosamente que sin

emprender en la explotación agrícola y minera de la región oriental, no aumentarán de ninguna manera los productos exportables, y sin productos exportables cuyo valor supere al de la importación no hay riqueza para el país; y sin riqueza el progreso es una esperanza ilusoria que nos forjamos. Pero ¿cuál la base para todo ello? El ferrocarril oriental H. H. Legisladores, ese ferrocarril que muchos de vosotros tomáis como imposible; ese ferrocarril que llamáis locura y optimismo; ese ferrocarril que pensáis que no es para emprenderlo en nuestra edad por presentarse superior como habéis dado en creer, á nuestros alientos, superior á nuestra riqueza, sin que nada de ello sea cierto. Lo que nos falta á los ecuatorianos, no es dinero sino espíritu patriótico; lo que nos falta es valor y carácter; lo que nos falta es algo de ese genio emprendedor que á los americanos del norte les sobra y que bien quisiéramos cambiarlo dándoles un poco de nuestra apatía é indolencia por el bien público y hasta por el bien personal; y un poco también de nuestra afición loca por los placeres y la holganza.

Salid de tales ideas y alejad de vosotros el prurito rutinario junto con la tema eupalagosa de no ocuparos sino de la política de bandería, y ya veríais que con buena voluntad patriótica arbitrariáis los fondos para ese ferrocarril, imponiendo si es necesario mayor contribución á todo artículo que siendo puramente un vicio perjudicial y enervante para los ciudadanos no es una necesidad precisa para la vida.

Los momentos son preciosos H. H. Legisladores, la necesidad de ese ferrocarril se impone ya en nuestra edad: economizad en el presupuesto de gastos, disminuid el pie de fuerza militar; quitad aquello de jefes en comisión y depósito que absorben el Erario y con todos esos fondos que son los aconsejados por la economía de las naciones, se llevan á cabo las importantes mejoras que beneficiando á los

pueblos aseguran también el progreso y desahogo de la hacienda pública.

Por otra parte H. H. L. L. el ferrocarril trasandino hizo su entrada triunfal en la ciudad de Ambato en medio de los hurras y el vivaqueo general de este pueblo laborioso, entusiasta siempre por el progreso y el adelanto patrios; y muy pronto su simpático pito aturdirá las fértiles comarcas del histórico Pichincha despertando á los pueblos del enervamiento en que la falta de trabajo los tiene sumidos; y aquel letargo estúpido y mortal para nuestra raza pronto ha de trocarse en movimiento fébril por las empresas y el comercio que regeneren nuestros pueblos y cambie su abatida fisonomía de miseria por la de placer y júbilo que marcan el bienestar, la abundancia y el medio fácil de ganarse la subsistencia. Si, el ferrocarril del Sur, es la obra gigante llevada á cabo con porfía patriótica, con tenacidad homérica á travez de la abrupta naturaleza de nuestro territorio andino, y más aun á travez de la oposición infame y mal intencionada de ciertos políticos enemigos del progreso y el adelanto patrios. La obra está por terminarse y el ferrocarril trasandino está ciertamente llamado á salvar á la nación de su funesto decadentismo económico, á regenerar á las masas sociales de sus tradicionalismos rancios y estúpidas supersticiones como del degradante fanatismo que aun impera enseñoreado en conciencias oscuras y timoratas; pero si la obra á que me refiero es regeneradora moral y materialmente hablando; si grandes beneficios nos reporta, empero no es una obra concluida H. H. L. L. si á ese ferrocarril ya existente no añadís el del Curaray para terminar una obra magna que será un sello de gloria inmortal y la gran aureola de triunfo conquistada por el partido radical, infatigable en sus atrevidas empresas civilizadoras y progresistas.

El ferrocarril al Curaray se impone H. H. L. L. para la salvación del país, porque es útil

y benéfico por el lado que lo consideréis; y si queréis una regeneración radical en los principios y las doctrinas; si queréis que la sociedad deje á un lado y olvide sus preocupaciones absurdas que insultan la razón, el buen sentido y la sana lógica, habéis de convenir de que los pueblos suelen regenerarse de sus ciegos errores, de sus funestos empecinamientos, únicamente merced á las vías de comunicación: el ferrocarril al Curaray, estad seguros, no dejará en pie sino los buenos sistemas, perfeccionándolos, y extirpará de raíz los vicios sociales con el reinado de la paz y el trabajo regeneradores de los pueblos cedientos de guerra y exterminio, pasiones monstruosas que no desaparecerán mientras existan dificultades para la vida, mientras no se proporcionen medios de ocupación para toda clase de gentes.

